

Los Fumanchú del siglo XXI

Tomás Guendelman



En esta categoría calzan numerosos jefes de gobierno que, empoderados por la fortaleza de sus estructuras de seguridad, le mueven el piso a sus súbditos y al mundo entero. Por lo general, hacen uso de los veloces avances de la tecnología -no necesariamente de su propia creación- para construir fábricas de armas de aniquilación masiva.

“**L**a electrocución se le ocurrió en 1881 a un dentista de Buffalo, Nueva York, Estados Unidos, de nombre Alfred P. Southwick. Por una de estas casualidades de la vida, Southwick presenció la apacible muerte de un hombre al tocar un generador. Con esa imagen en su cabeza se fue a su consulta, y viendo el asiento en el que atendía a sus pacientes, pensó que la unión de la electricidad con una silla podría ser una buena alternativa a la horca (procedimiento, con el que se llevaba a cabo la ejecución en su estado). Así nació la silla eléctrica”. Este relato, proporcionado por mi amigo, arquitecto y

escritor Isidoro Loj, me hizo pensar en la relación entre la tortura y el desarrollo tecnológico, aunque el caso de la silla eléctrica pueda ser menos traumático que la silla del dentista propiamente tal.

Rápidamente vinculé ese letal instrumento con el temible villano Fumanchú, personaje literario creado por el escritor inglés Sax Rohmer, a principios del siglo XX, e interpretado en el cine por Christopher Lee y por Boris Karloff, entre otros. Vino a mi memoria el recuerdo de fines de la década de los cuarenta, cuando con mi hermano Jorge y mi primo Eduardo Schonhaut, concurríamos todos

En algunas publicaciones especializadas en pronósticos delictuales, se señala que existe una fuerte correlación entre el delito urbano y los terremotos, pues en ambos casos se conocen los focos y las zonas de riesgo asociadas.



Tomás Guendelman.



los domingos al teatro Caupolicán, ingresando a la sala a las 13:30 y retirándonos a avanzadas horas de la tarde.

El programa contemplaba tres películas y agregados, entre los que destacaba la serial Fumanchú, que, tras electrizar treinta minutos, se interrumpía en un momento clave, con el héroe encerrado en una pieza cuyo piso ascendía para provocar la muerte de sus ocupantes, por aplastamiento contra el techo. Alternativamente, surgían otras variantes, igualmente escalofriantes, tales como que el recinto se llenara de un gas letal, o de algún fluido maligno y pavoroso. Pese al pánico que despertaba en nosotros, nos quedaba la imagen retenida y la ansiedad por el rápido transcurso de la semana, que nos haría conocer el desenlace que, por supuesto, se prolongaría indefinidamente.

En aquellos años mi única preocupación era “que ganaran los buenos”. Ahora, me interesa indagar sobre este malévolo -aunque inolvidable- personaje que tenía la obsesión de secuestrar a connotados científicos y encerrarlos en su isla, para que desarrollaran sofisticados planes de aniquilación masiva de sus grandes enemigos del mundo occidental. El antídoto que arruinaba su misión depredadora lo brindaba otro personaje de ficción, Sir Dennis Nayland Smith, sobrino de Sherlock Holmes, quien lo derrotaba siempre.

En la actualidad, alrededor de un siglo después de la creación del Fumanchú original, surgen numerosas réplicas que aterran a la humanidad, a las que identifico como *Los Fumanchú del siglo XXI*.

Es necesario que nos preguntemos si sería posible detectar con prontitud y precisión movimientos sospechosos de identificación de potenciales acciones terroristas o delictuales, y si podremos resolver este estigma social sin perturbar la privacidad individual.

de los habitantes del planeta. Veremos pronto, por ejemplo, vehículos de conducción automática segura, semáforos inteligentes, optimización de los flujos, prioridad en el movimiento de peatones, entre otros.

En nuestro diario vivir nos encontramos con el delito urbano, pudiendo ser víctimas de un asalto armado, de portonazos, de robo con intimidación y de todas las variantes que ofrece el menú delictual. La génesis de estos delitos está en el desequilibrio social que conduce a una nula o limitada educación, al acercamiento al mundo del alcohol y de la droga, entre otras causales. Surge la pregunta: ¿Cómo está reaccionando la sociedad para combatir este flagelo? No tengo clara la respuesta, pero creo que si se persiste en acciones en respuesta a hechos consumados, los Denis Nayland Smith del siglo XXI irían a la retaguardia de los Fumanchú del siglo XXI, lo que lleva a pensar que el antídoto se encuentra en la simulación de delitos, como lo pensaría el propio delincuente, pero con el fin de evitarlo, no de realizarlo. La sociedad requiere dar una respuesta oportuna a estos problemas, lo que hace necesario que nos preguntemos si sería posible detectar con prontitud y precisión movimientos sospechosos de identificación de potenciales acciones terroristas o delictuales, y si podremos resolver este estigma social sin perturbar la privacidad individual.

En algunas publicaciones especializadas en pronósticos delictuales, se señala que existe una fuerte correlación entre el delito urbano y los terremotos, pues en ambos casos se conocen los focos y las zonas de riesgo asociadas. Los modelos matemáticos son de tipo probabilístico, similares, aunque de menor precisión, a los meteorológicos, pero constituyen herramientas de anticipación que basta que funcionen bien algunas veces, para desalentar a futuros delincuentes, no acostumbrados a que se les adivinen sus intenciones.

Sin embargo, y a pesar de los innegables beneficios del desarrollo tecnológico ya instalado o próximo a hacerlo, hay que estar alerta, pues el delincuente buscará caminos para empoderarse de estos desarrollos o para eludirlos. No se debe ignorar esta última consideración, pues ya escuchamos voces de alerta frente al desenfrenado crecimiento de la inteligencia artificial, que podría convertir al ser humano en esclavo del robot. ©



Al igual que en las guerras, cuando se pasa a la etapa de “guerrilla”, en la que priman los alardes individuales por sobre el tamaño de las fuerzas combativas (Vietnam puede considerarse como un buen ejemplo), en el mundo están proliferando las acciones de individuos de inteligencia superior, que crean estructuras piramidales para estafar, usurpar identidades, clonar tarjetas, intimidar con correos maliciosos, y un largo etcétera. Cada día amanecemos leyendo en la prensa noticias relacionadas con ataques de estos tipos, que han puesto en jaque la seguridad de grandes países del primer mundo, con énfasis en entidades financieras. Estas aventuras pueden provocar un caos de tamaño inconmensurable.

Los modelos matemáticos que pudieran desarrollarse para la anticipación al delito, van de la mano con el de los productos tecnológicos que incrementan la seguridad informática, y que desde el último cuarto del siglo XX, se han concentrado en transacciones masivas de datos. Entre estos productos, destaca el denominado *Blockchain*, de uso aún incipiente, pero muy promisorio para resolver una buena parte de los problemas antes señalados. Es aplicable a operaciones transaccionales de cualquier índole, manejando enormes bases de datos y algoritmos de inferencia, que no se ven muy alejados de lo que se podría emplear en un proyecto de anticipación delictual. Del mismo modo, destacan los dispositivos de posicionamiento geográfico, la telefonía celular y, con seguridad, estoy ignorando muchos otros que están contribuyendo a mejorar la calidad de vida